

cumbre de algunas de la famosas Siete colinas, pero no las mas habitadas, y de ningun modo los campos en que se asienta la poblacion de hoy.

Son las dos de la tarde. Hé allí los muros de la ciudad de Rómulo... Hé allí por un momento la inmensa mole de la Basilica de *San Pedro*, el soberbio Castillo de *San Angelo*, los altos jardines del *Pincio*...

¡Hé aquí la *Puerta del Popolo*!

Al acercarme á ella, mi corazon late violentamente.—Todos callamos...—Vamos á entrar en la ciudad dos veces reina del universo; en la capital del paganismo y del cristianismo; en la morada de los Césares y de los Papas; en la fuente de nuestro idioma; en la metrópoli de los pueblos latinos; en el centro de la historia; en el emporio de las Artes; en el santuario de la autoridad; en el Jordán de todos los pecados; en la última posada de los peregrinos...

Por eso, al pasar bajo el arco de la *Porta del Popolo*, descubro reverentemente mi cabeza, sin acertar á formularme de otro modo la profunda emocion de mi espíritu, que con estas sencillísimas palabras, que valen tanto como el mejor discurso:

—¡Roma! ¡Roma!

II.

Primeras impresiones.—Roma en el siglo.

Roma 22 de diciembre de 1860.—Hotel d'Europe,—
á la hora veinte y tres.

Inolvidable amigo :

Al despedirnos hace cuatro meses en la estacion del ferro-carril del Mediterráneo, vecina á la que fue puerta de Atocha en esa villa y córte, me exigiste que te dedicara *mis impresiones en Roma*, ó por mejor decir, que te escribiese una carta diaria dándote cuenta de mis observaciones y pensamientos en esta gran ciudad, cuyo presente, pasado y porvenir tanto te interesan, como buen católico, apostólico, romano que eres por tu fortuna; y yo, segun verás en su día, he ido mas allá de tu amistosa exigencia, sin mas que ceder á los impulsos de mi corazon, y te he dedicado desde el principio la relacion de todo mi viaje *de Madrid á Nápoles*, evocando tu recuerdo al empezarla y teniéndolo presente sin cesar... Pero al llegar á este punto y hora, *punto* de nuestra cita y *hora* del emplazamiento de nuestras almas, quieró atenerme estrictamente á tus prescripciones, y abandono el hilo de mi narracion (que hasta ahora ha sido, como si dijéramos, un monólogo dirigido al público, aunque encaminado á ti), para entenderme contigo inmediata y familiarmente, con auxilio del correo, no sin suplicarte, y perdona la advertencia, que reunas y conserves como oro en paño todas las cartas que te envíe, pues ellas me han de servir mañana ó el otro para dar cuenta á mis lectores de mi estancia y contemplaciones en la ciudad de Rómulo y Remo.

Con que basta de prólogo.

Es, pues, el caso, mi querido amigo, que hoy á las dos de la tarde, con tiempo nevoso y en compañía de Caballero y Jussuf; he llegado á las puertas de Roma... ¡de Roma, cuyo solo nombre habrá hecho latir tu corazon al leerlo en la fecha de esta carta!—Por ahí podrás figurarte lo que habrá pasado en el mio (súplase corazon) al escribir por primera vez una tal fecha (que ya te explicaré), y sobre todo al cruzar hace pocas horas bajo el arco monumental de la *Puerta del Popolo*.

Tú me conoces: omito, pues, reflexiones y comentarios, y voy directamente á los hechos.

La *Porta del Popolo* quiere decir en español la *Puerta del Alamo*, puesto que *popolo* significa indistintamente, como el *populus* latino, *álamo* y *pueblo*, y el *popolo* en cuestion (que los franceses traducen *peuple* en lugar de *peuplier*) proviene de unos álamos que circuian el Mausoleo de Augusto, próximo á aquel paraje.

Como quiera que sea, la *Porta del Popolo* ha venido á reemplazar á la antigua *Porta Flaminia*, habiendo sido dibujada por Miguel Angel en estilo dórico, y levantada con verdadera magnificencia.

Por aquella puerta se entra en la famosa plaza del mismo nombre, soberbia antecámara de la gran metrópoli, muy superior á todo lo que se encuentra despues.

La *Plaza del Popolo* forma una inmensa elipse. En el fondo de ella se levantan dos iglesias gemelas, coronadas por altas cúpulas que se dibujan en el cielo. De estas iglesias, que son *Santa María di Monte Santo* y *Santa María dei Miracoli*, arrancan divergentemente tres larguísimas calles. La calle de en medio, que se abre entre los dos templos, frente por frente de la *Puerta del Popolo*, es el célebre *Corso*, la gran arteria de Roma, su *boulevard*, que dirian os franceses, por el cual se va rectamente al *Capitolio*. La calle de la derecha, *Via di Ripetta*, conduce al Tiber, á *San Pedro*, al *Vaticano*. La calle de la izquierda, *Via del Babuino*, por donde nosotros hemos tomado, pasa por la *Plaza de España*, donde vivo y te estoy escribiendo, y conduce al *Quirinal*.—¡Qué nombres!

En medio de la *Plaza del Popolo* se alza un arrogante *Obelisco* de 112 pies de altura y de 3,500 años de edad, traído de Heliópolis á Roma por Augusto para que adornase el *Circo Máximo*, y trasladado por Sisto V al lugar donde hoy se halla.—Hé aquí la historia del mundo cifrada en las aventuras de un pedazo de granito.

Hace dos mil años llegan los romanos á Egipto; encuentran un mundo, una civilizacion, una religion agonizantes; ven este monumento (cubierto de geroglíficos no traducidos todavía) á la puerta de un templo en que se adora al Sol; lo arrancan de su base y lo trasportan á las orillas del Tiber; aquí preside las fiestas del imperio y asiste á la muerte de otro mundo, de otra civilizacion, de otra religion, que tambien agonizaban; y hoy, es decir, ayer, hace trescientos

años, un pontífice de otra religion saca el obelisco egipcio de entre las ruinas de la Roma de los Césares; lo levanta sobre un pedestal adornado con cuatro leones, que son otras tantas fuentes de agua cristalina, y lo corona con la cruz. —Así está hoy, destacando su gallarda mole y el signo de la Redencion sobre la faja de cielo delimitada por el *Corso*. —¿Cuál será su porvenir?

Yo creeria que estos obeliscos simbolizan el *tiempo*, por el cual pasan tambien, como frágiles olas, generaciones, razas, pueblos y religiones.

En los hemicielos que forma la plaza se ven columnas, estatuas y fuentes monumentales. —Una de estas fuentes representa á *Roma*, alzándose sobre una *Loba* que da de mamar á *Rómulo* y *Remo*. —A la izquierda se descubren las grandiosas rampas que suben al *Monte Pincio*, paseo favorito de los romanos, al cual se dirigian en aquel momento centenares de carruajes; finalmente, cerca de la puerta se halla la iglesia de *Santa María del Popolo* (y con esta son tres las que encierra la plaza), uno de los templos mas frecuentados por los devotos y por los viajeros.

Todas estas cosas las he observado con algun detenimiento, á causa de haber tenido que parar la silla de posta en aquel magnifico peristilo de la *ciudad* por antonomasia, mientras que los empleados de las aduanas pontificias mantenian con Caballero un amistoso diálogo acerca de nuestros pasaportes y nuestros equipajes.

Ya era tiempo: hasta aquel instante no habiamos tropezado con la frontera romana, lo cual me traia muy preocupado; pues no habia acertado á discernir si semejante abandono favoreceria ó impediria nuevas invasiones.

Por lo demás, el diálogo de mi amigo y de los aduaneros terminó en una moneda de plata, mediante la cual nuestras maletas han permanecido cerradas y nuestros pasaportes se han ilustrado con una nueva nota.

—*Felice festa!* nos dijeron por último aquellos pobres hombres quitándose el sombrero hasta los pies.

Y esta frase redobló los latidos de mi corazón, puesto que me hizo pensar en que pasado mañana es *Noche-buena*, y en que el día primero de Pascua asistiremos á la misa solemne que dirá el Sumo Pontífice en la *Básilica* de San Pedro.

Con esto, penetramos por la *Via Babuino*, en la cual mis ilusiones se espantaron y estuvieron á pique de volar al cielo; pero yo estaba preparado de antemano contra semejante sublevacion, y logré retenerlas dentro de mi alma.

La desilusion provenia del aspecto vulgar de la dicha calle; del aire moderno, europeo, insignificante de las casas; del corte parisien del traje de los transeúntes; de ver faroles de gas en las esquinas, chimeneas de hierro sobre los tejados, tiendas como las de Madrid y aceras como las de Guadix... esto es, falta de aceras...; y finalmente, de no tener tiempo, mientras era llevado á escape, de reparar, como he reparado despues, en que estos edificios, estas gentes, estas tiendas y estos trajes, no carecen de cierto sabor particular á romanos.

En cuanto á los argumentos de que me he valido para apaciguar mi imaginacion, han sido los siguientes:

—Las ciudades, como las personas tienen cuerpo y alma. El cuerpo se conoce á primera vista..., y no siempre: para conocer el alma es necesario el trato. —Sócrates, considerado materialmente, era un hombre de vulgarísimo aspecto: estudiado durante una larga conversacion, resultaba un ser extraordinario. —Conversemos, pues, con Roma; tratémosla, y ya aparecerá su genio; ya encontraremos su alma.

La única cosa notable que encontré en la *Via Babuino* fue la iglesia católico-griega de San Atanasio. —Despues entré en la *Plaza de España*, acaso la mas bella de la ciudad, bajo el punto de vista *moderno*.

Esta plaza, irregular y prolongada, toma su nombre del *Palacio de la embajada de España*, que se levanta en ella. —En cuanto al palacio, es propiedad *nuestra*, como otros varios edificios y algunas iglesias de Roma.

España, á los ojos del Pontificado, es mas que una potencia de primer orden: es, quizás, la primera potencia del mundo; la mas respetada, la mas querida, la mas *necesaria*... quiero decir, *la mas útil*... —y no exceptúo ni á la Francia.

No hace todavía mucho tiempo, nuestros embajadores tenían jurisdiccion casi absoluta sobre toda esta parte de Roma, y disponian de cierta fuerza armada con que mantenian el orden en el que pudiéramos llamar *su barrio* y se hacian respetar de los barrios circunvecinos. —El *conserje* del palacio, personaje importantísimo, mandaba aquel pequeño ejército. —De todo esto queda muy poco, casi nada; pero la consideracion y el respeto hácia la nacion que da nombre á esta plaza, subsisten todavía.

Al principio de la *Plaza de España*, por su parte mas angosta, arranca una anchisima y larga escalera que conduce á la iglesia de *Santa Trinitá de Monte*.

Al pie de esta escalera hay una singularísima fuente, que no es sino una canoa de mármol (la *Barcaccia*), obra del famoso *Bernini*.

Las principales casas de la plaza son magníficos hoteles, ocupados siempre, —menos el verano, —por viajeros de todo el mundo.

Entre los hoteles se levanta el gran *Colegio de la Propaganda*, ricamente dotado por los Papas, á fin de albergar en él, como alberga, un gran número de jóvenes impios, idólatras y herejes de todas las partes del mundo, á los cuales se da allí educacion católica y se les confieren las órdenes sagradas, despues de lo cual son devueltos á sus países respectivos en calidad de Misioneros.

Dicho se está que en el *Colegio de la Propaganda* se hablan casi todas las lenguas del mundo; pero el *latín* es, como si dijéramos, la *oficial*. —No obstante, dos veces al año se celebra allí una sesion pública en la que los colegiales recitan poesías en mas de cincuenta idiomas y dialectos diferentes.

En frente del palacio de nuestra embajada, se levanta el monumento recientemente erigido para conmemorar la definicion dogmática de la *Purísima Concepcion* de la Virgen. El monumento consiste en una gran columna, muy desgarrada por cierto, coronada con la estatua de *MARIA*. —Como quiera que sea, me alegro mucho de que el gobierno papal haya escogido el cuartel español para rendir este homenaje á la *Patrona de las Españas*, á quien tantos altares hemos

levantado todos cuando niños (á lo menos así se hacia en mi país y en mis tiempos), venerándola bajo la advocacion de *Patrona de las escuelas*.

Por último, en la acera opuesta al Palacio de España, se encuentra el *Hotel d' Europe*, en cuyo patio echamos pie á tierra, no sin experimentar una nueva emocion al fijar por primera vez la planta en el suelo de Roma.

Toda esta parte de la ciudad es la que se llamaba antiguamente *Campo Marcio* (*Campo de Marte*).

Era la hora veinte y una; quiero decir, eran las dos y media de la tarde...

La plebe romana cuenta todavía las horas hasta veinte y cuatro, con arreglo al antiguo *Cuadrante italiano*, tomando por punto de partida el ocaso del sol, que marca el fin de la vigésima cuarta hora.—Entonces suena el *Ave-María* ó sea el *toque de oraciones*, y principia un día nuevo para la ciudad de los siglos...

Era, pues, la hora veinte y una: entregamos nuestros pasaportes al dueño del hotel, á fin de que nos sacase el permiso de la policía para permanecer un mes en Roma; nos instalamos en *comfortables* habitaciones; nos compusimos un poco, como dicen en mi tierra; almorzamos ligeramente, sin omitir los indispensables *macarroni*, y nos echamos á la calle, cada uno por su lado, á despachar algunos urgentísimos asuntos particulares, que yo me permiti calificar de *previos*.

Quería decir con esto, que en el programa de mi primer paseo por Roma (que ha durado dos horas y media, y del cual he vuelto hace algunos minutos), no entraba ni por asomos el propósito de verla ó estudiarla, sino por el contrario, una firme resolucion de andar por ella indiferentemente, como si fuese una insignificante capital cualquiera, mas atento á mis quehaceres que á lo que encontrara al paso, y dejando para mañana mi visita solemne, *oficial* (perdonadme esta figura), á la insigne ciudad reina de las edades,—visita que principiaré, como buen cristiano que soy, por la *Basílica de San Pedro*, donde descansan las cenizas del Santo Apóstol cuyo nombre me pusieron en la pila del bautismo.

Salí, pues, á la calle, dejándome en el hotel la poesía, la devocion, la curiosidad, el respeto... ¡casi toda el alma!... y empecé á andar de una parte para otra, *de incógnito á mis propios ojos*, ó por mejor decir, huyendo y recelándome de mí mismo, y precedido de un criado de la fonda, que tenia órdenes terminantes de conducirme seguidamente y sin rodeos á *la posta*, al telégrafo, á casa de un sastre, á una guantería, á un gabinete de lectura, á una tienda de objetos de escritorio, á una zapatería, á un despacho de tabaco, á un puesto de libros y á un almacén de cuerdas de arpa.

De la *Plaza de España* salimos al *Corso* por la *via Condotti*.

En la *via Condotti* he visto las fachadas del convento español de la *Trinidad*, (orden fundada para la redencion de cautivos), del palacio de los *Caballeros de Malta* y del palacio del duque *Marino Torlonia*; muchos aparadores de riquísimas platerías y de almacenes de camafeos y mosaicos, (establecimientos que no tienen rivales en el resto del mundo y que dan la norma del gusto en materia de joyas al mismísimo París); la puerta del *Café Greco*, dentro del cual acostumbran

á reunirse todos los días mas de una vez los veinte ó treinta jóvenes españoles, pensionados ó sin pensionar, que estudian las bellas artes en Roma (entre los que tengo yo algunos amigos, que ya iré á buscar allí); la muestra de la *Trattoria de Lepre*, donde comen generalmente esos jóvenes artistas, y cuya historia conozco hace mucho tiempo; y en fin, otras muchas tiendas y fondas de las mas principales de la ciudad.

El *Corso*, el célebre *Corso*, del que habrás oído hablar muchas veces á propósito del renombrado carnaval de Roma, empieza, como vimos, en la Plaza del *Popolo*.—Por la *via Condotti* salí casi á la mitad de él.

En aquel momento reinaba allí una grande animacion. Centenares de carruajes cruzaban en todas direcciones. Algunos de estos carruajes eran enormes é iban tripulados al exterior por un cochero y dos lacayos vestidos de encarnado, con sombreros de tres picos, y provistos de inmensos paraguas tambien rojos: en el interior distinguia graves personajes vestidos de púrpura, acompañados de otros, no tan graves, vestidos de morado: eran cardenales y obispos; eran quizás las autoridades de Roma; alguno de ellos podia ser el ministro de la guerra (que aquí se llama *de las Armas*) ó el gobernador civil (*Monsignor Gobernatore*) ó tal vez el mismo cardenal Antonelli...—Me dió miedo sin saber por qué.—En otros carruajes iban gentes de diferentes hábitos, que yo no sé distinguir todavía, llevando á la parte de afuera criados de rarísimos uniformes. La servidumbre de los paisanos y de las señoras que se dirigian al *Pincio* en lujosas carretelas, ostentaba tambien grandes libreas, cancellerescos sombreros, solemnes atributos.—Todo respiraba, en fin, en la gente que no iba á pie, categoría y ceremonia.—Muy raro ha sido el tren liso y llano que he encontrado; raro el joven á caballo; mas raro todavía el impertinente lechuguino que regia por sí mismo su carro... inglés.—Iba á decir romano.

A pesar de no haber salido hoy con ánimo de observar, he fijado ansiosamente mi atencion en cuantas personas he encontrado en mi camino, y he pedido á sus rostros un reflejo del antiguo pueblo romano. Y la verdad es que he notado muchos caracteres clásicos en casi todas las fisonomías. Los hombres de la clase pobre, con sus capas de color, sus sombreros de ancha ala y alta copa puntiaguda, su calzon corto, su faja, su cara aguileña, sus ondulantes cabelleras y magníficas barbas, me han infundido cierto respeto. Los grandes señores parecen retratos de la Edad-Media. Las damas principales, severas, pálidas y grandiosas, tienen algo de las matronas romanas. Pero las que sobré todo me han sorprendido é interesado han sido las plebeyas, recias y altas, con su abundante y hermoso pelo, su noble nariz, sus puros dientes, su voz viril y sonora y aquella magestad del andar, que recuerda las procesiones de los bajo-relieves, ó aquel soberano reposo, que hace pensar en las cariátides.

Tambien me han chocado extraordinariamente unas singularísimas calesas, de que he visto muchos ejemplares en el *Corso*. Hé aquí su estructura. A un lado, esto es, de la proximidad de la rueda izquierda, se alza, como un abanico abierto, una rama de árbol, forrada de tela pintada al óleo. Este abanico se ahue-